



BIENVENIDOS

A En el 150 aniversario del nacimiento del maestro de la arquitectura estadounidense Frank Lloyd Wright, visitamos la Hollyhock House, una joya en Los Ángeles. LA

POR DANIEL DÍEZ MARTÍNEZ FOTOGRAFÍA DANIEL COLLOPY REALIZACIÓN ILDARA CUIÑAS

MALVARROSA



OBRA PRINCIPAL
El remate escalonado en exedra del estanque circular alude a la pasión por las artes escénicas de la dueña de la casa. Página siguiente, la composición y la geometría del exterior recuerdan a un templo precolombino.

RESULTA DIFÍCIL creer que una casa tan hermosa como la Hollyhock House (1917-1921) se diseñara y construyera envuelta en un ambiente de absoluta hostilidad entre el arquitecto y su cliente. Por un lado estaba Frank Lloyd Wright, el gran maestro americano, una figura de prestigio internacional que, sin embargo, cuando recibió el encargo de la casa se encontraba sumido en una profunda crisis personal, profesional y financiera que le obligaría a reinventarse como arquitecto, una constante en su dilatada carrera. Por el otro estaba Aline Barnsdall, la joven heredera de un emporio petrolero multimillonario dedicada a la producción de teatro experimental, una iconoclasta bohemia cercana a círculos políticos radicales de izquierdas y una acérrima feminista que se sentía orgullosa de ser madre soltera en un momento en el que para la mayoría de la sociedad aquello resultaba simple y llanamente inaceptable. Barnsdall creía que Wright era un misógino y un soberbio. Por su parte, Wright tampoco sentía ninguna simpatía por aquella “bolchevique de salón”, como él la llamaba con desprecio. El interés común de sacar un buen proyecto adelante no fue razón suficiente para que

el arquitecto y su mecenas evitaran el enfrentamiento: las diferencias personales y de criterio artístico entre ambos comenzaron desde el mismo momento en que Wright presentó los primeros bocetos de la casa y continuaron en aumento durante cuatro tormentosos años, hasta el final de las obras, tal como atestigua la belicosa relación epistolar que Barnsdall y Wright mantuvieron durante todo el proceso, prolija en insultos y amenazas de juicios. Afortunadamente, el proyecto llegó a buen término y aquel choque de trenes nos dejó como legado una de las obras más importantes de la arquitectura residencial moderna del sur de California.

Tras décadas de cierto abandono, en 2011 se iniciaron unas obras de restauración que necesitaron de una inversión total cercana a los cinco millones de dólares y cuatro años de trabajo para devolver la casa al estado original de cuando se construyó, hace casi un siglo. El éxito de la operación salta a la vista: en la actualidad, la Hollyhock House luce verdaderamente esplendorosa. Este mes, justo cuando se cumple el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Frank Lloyd Wright, visitamos la casa en la compañía de un





DE AQUÍ Y DE ALLÍ
La casa incorpora una extensa colección de muebles originales diseñados por Frank Lloyd Wright y objetos de diversa procedencia como una serie de biombo tradicionales japoneses que el arquitecto trajo desde Tokio.



EL OTRO MAESTRO

Jeffrey Herr, encargado de la rehabilitación, nos abre sus puertas. Página anterior, uno de los laterales del gran patio central está definido por una galería exterior articulada por una columnata que plantea un ritmo vibrante a base de juegos de luces y sombras.

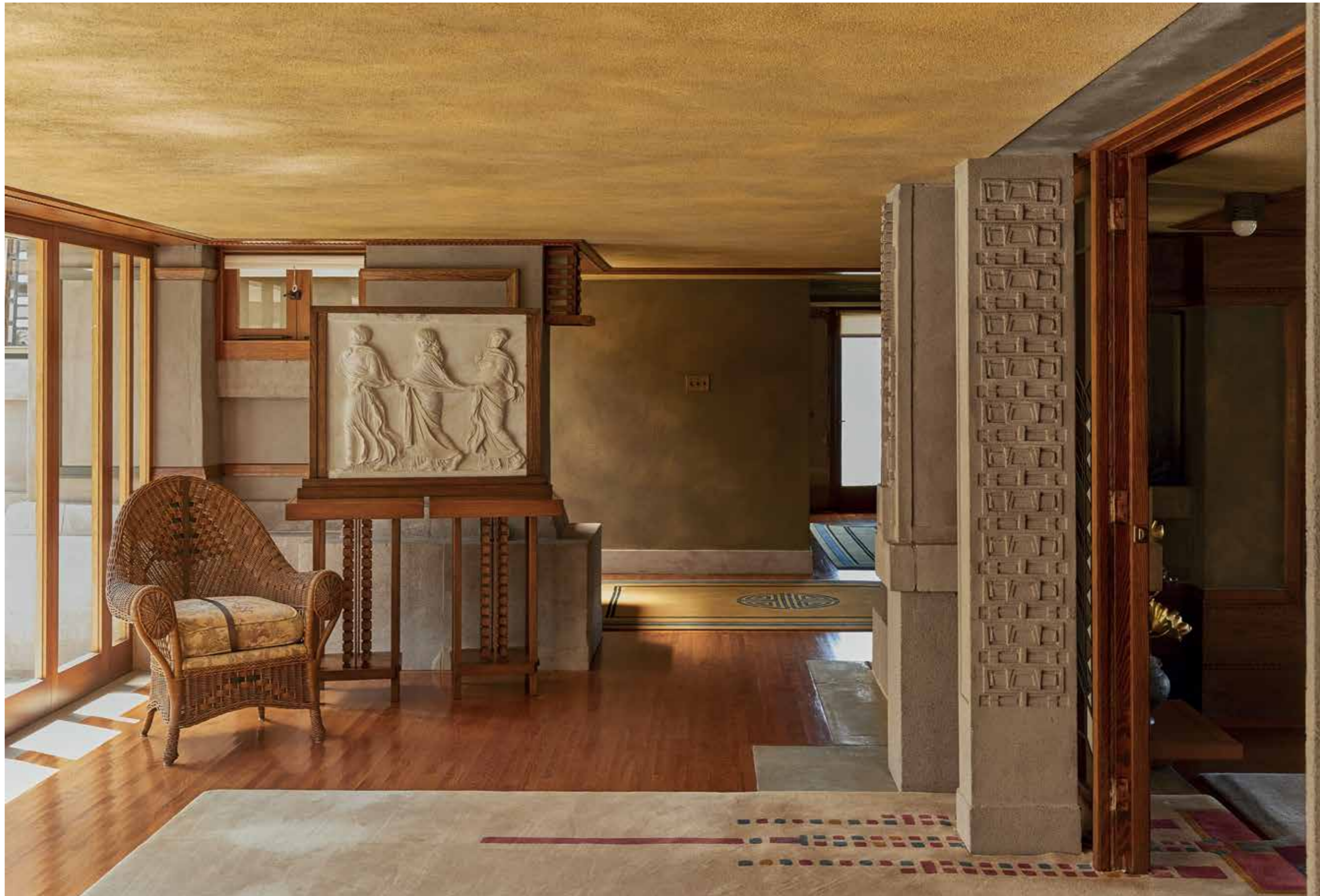


anfitrión de lujo: Jeffrey Herr, curador y máximo responsable de la rehabilitación y de todo cuanto le sucede a esta joya arquitectónica. “¡Tenéis suerte porque acaban de florecer y ahora mismo tenemos el jardín repleto de ellas!”, nos explica Herr, visiblemente excitado, en referencia a las malvarrosas, la flor favorita de Aline Barnsdall que da nombre a la casa. Su conocimiento acerca de todos los detalles y pormenores de la obra es solamente comparable al entusiasmo que demuestra durante la visita. “Sigo aprendiendo”, dice mientras interrumpe alguna de sus explicaciones para sacar una foto de cómo la luz del sol incide en un determinado rincón de la vivienda. “Llevo doce años de curador de la casa y, sin embargo, cada día que vengo descubro cosas nuevas”.

La Hollyhock House se alza en la cima de Olive Hill, una extensa propiedad en las colinas de Hollywood, y ocupa una posición dominante en la que iba a ser una colonia para artistas, actores y directores de teatro que nunca llegó a materializarse debido a las tensiones que se produjeron entre Barnsdall y Wright. Desde el exterior, la casa transmite un carácter excesivamente monumental y hermético, una característica que, unida a la composición y geometría de los volúmenes que la integran, resulta en un aspecto más propio de una fortificación o templo de alguna cultura prehistórica de la América precolombina que de una vivienda unifamiliar situada en un lujoso barrio de Los Ángeles. La escasez de huecos al exterior ahonda en el carácter introspectivo de la casa y le con-

fiere privacidad al espacio interior, a la vez que, en acción combinada con el grosor de sus muros, dota a la vivienda de una inercia térmica que le permite plantar cara al cálido clima californiano de manera eficiente y sostenible. Se trata, por tanto, de un edificio de apariencia sobria, cuya belleza reside en el juego que se establece entre la desnudez de sus paramentos exteriores lisos y los escasos detalles ornamentales presentes en las columnas y en las líneas de cornisa.

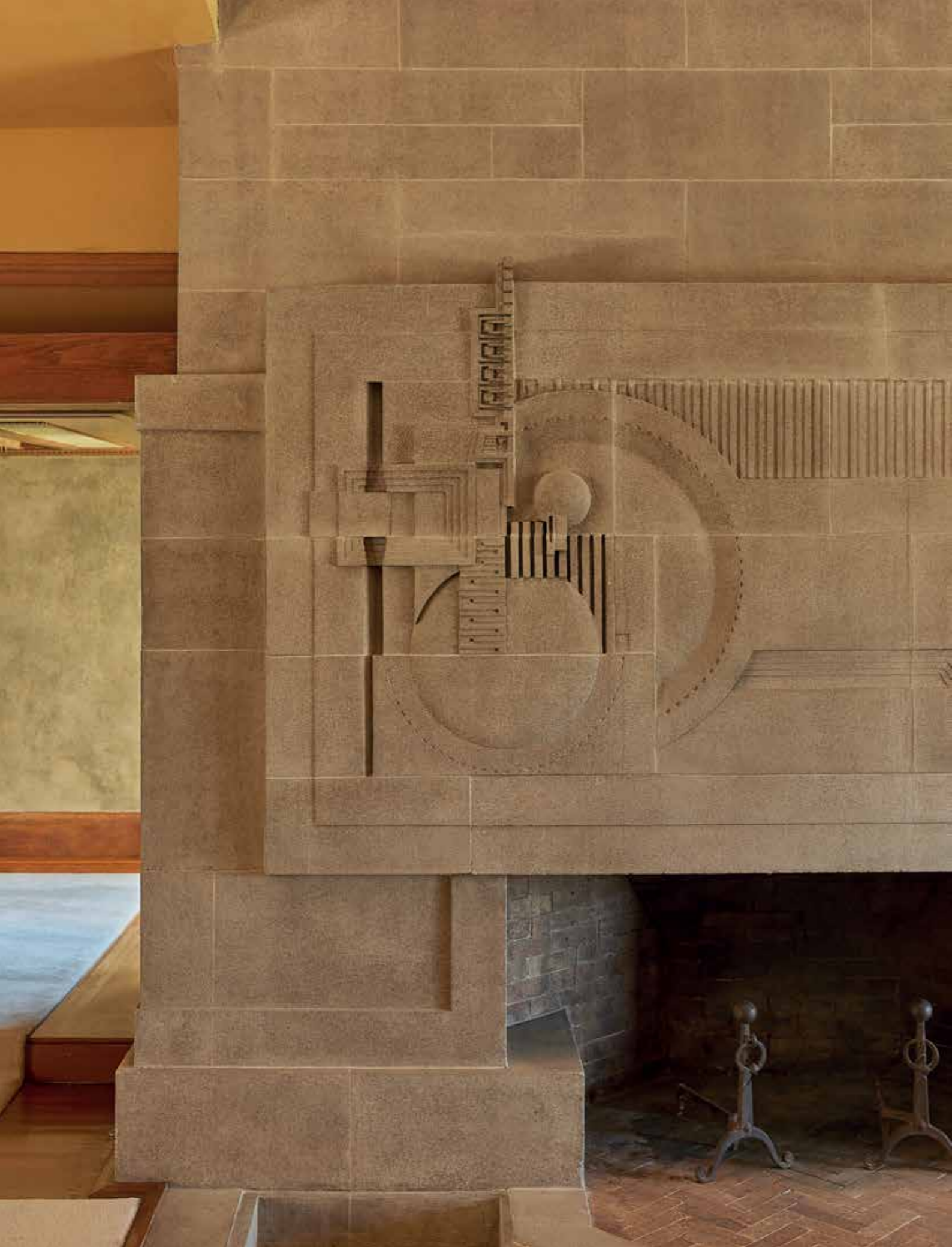
Frente a ese ejercicio de moderación exterior, el interior de la Hollyhock House se presenta como una explosión de colores, texturas y materiales que, en palabras de Jeffrey Herr, convierten la visita al edificio en “una verdadera experiencia visual”. Frank Lloyd Wright recoge influencias de todo cuanto le rodea para elaborar un cóctel estilístico que sólo un arquitecto como él podría conjugar con elegante armonía. Así, la casa plantea una continuidad espacial claramente inspirada en los sistemas de orden y modulación de la arquitectura tradicional japonesa, recoge el gusto por la artesanía y el trabajo en madera del movimiento Arts and Crafts americano y concede guiños a la pureza formal y geométrica de la cultura del diseño de la Secesión vienesa de finales del siglo XIX. Ningún elemento o superficie de los espacios interiores queda exento de decoración: muebles, alfombras, vidrieras y cualquier objeto que uno pueda imaginar exhiben un minucioso tratamiento ornamental que, en el caso de los diseños de Wright, surge alrededor de la reinter-



TOQUE PERSONAL
En la que fue la habitación de Aline Barnsdall se encuentra una reproducción de un bajorrelieve romano del siglo I que fue elaborada a partir de un escaneado digital de la obra original.



PIEZAS DE MUSEO
Este juego de mesa hexagonal con seis sillas, minuciosamente restaurado, es también obra del arquitecto. Las alfombras son réplicas exactamente iguales a las originales que había en 1921, cuando la casa terminó de construirse.



JUEGO DE GEOMETRÍAS

El bajorrelieve de hormigón de la chimenea constituye, según el curador de la casa, la obra artística más importante de la carrera de Frank Lloyd Wright. La chimenea cuenta con un lucernario encima y con un pequeño estanque con agua debajo, dando como resultado una metáfora de los cuatro elementos de la antigüedad: tierra, agua, aire y fuego.

pretación que el arquitecto hizo de la malvarrosa en clave geométrica y abstracta. A este respecto, destaca especialmente el bajorrelieve de hormigón de la campana de la chimenea que preside el salón, a juicio de Herr, la obra artística más importante que Wright hizo en toda su vida. “Hay algo en esta chimenea que resulta infinitamente cautivador y depende de cómo lo mires puedes ver cosas muy diferentes”, explica. “Yo tiendo a ver un paisaje abstracto cuando lo miro, pero otras veces descarto por completo esta interpretación y busco otras cosas”.

Un último aspecto fundamental para entender la casa son los jardines. Wright reinterpreta la tradición decimonónica del bungalow californiano y conecta la vivienda con la naturaleza mediante su organización alrededor de un gran patio central, el verdadero corazón de la residencia de Aline Barnsdall. Nuevamente el carácter volumétrico masivo y rotundo que la Hollyhock House transmite desde el exterior contrasta enormemente con lo que se percibe en el interior. El salón y las habitaciones presentan grandes paños de vidrio que diluyen los límites y conectan el interior con una serie de terrazas y

patios ajardinados que combinan estanques con arbustos de medio porte y flores que se incorporan visualmente al espectáculo de colores y texturas que sucede en los interiores.

A pesar de que la Hollyhock House ocupa hoy un lugar importante en el panteón de las mejores obras residenciales de Frank Lloyd Wright, Aline Barnsdall nunca se sintió cómoda en aquella mansión. En 1927, sólo unos pocos años después de que las obras concluyeran, donó su casa y toda la propiedad de Olive Hill a la ciudad de Los Ángeles para que se utilizara como centro cultural público y parque dedicado al arte. Unos meses después, cuando la cesión se hizo efectiva, escribió una última carta a Wright. A pesar de todas las complicaciones y problemas personales que habían surgido entre ambos, Barnsdall comprendía que la Hollyhock House era una obra de arte, y por esta misma razón se la había donado a la ciudad de Los Ángeles: quería que todos los angelinos pudieran disfrutar de ella, y no sólo su círculo íntimo. “Muchas gracias por todo, Frank”, decía en las últimas líneas de aquella carta, “espero que siempre seamos amigos y que nunca jamás volvamos a trabajar juntos”. ▀